

## Los valores de la nueva milicia en *La Austriada*<sup>1</sup>

MARTA CRISTINA ORIA DE RUEDA MOLINS

Universidad de Zaragoza

**Título:** Los valores de la nueva milicia en *La Austriada*.

**Title:** The Values of the New Army in *La Austriada*.

**Resumen:** *La Austriada* de Juan Rufo constituye el ejemplo por excelencia de la poesía épico-cronística que renace en la España del siglo XVI a causa de la regularización del ejército y la aparición de un grupo de soldados veteranos que desean poner al servicio de las armas sus conocimientos bélicos. Los valores que conformarán esta nueva milicia se ven reflejados a lo largo de todo el poema, en el que, a partir de la narración del levantamiento de las Alpujarras y la batalla de Lepanto, el jurado de Córdoba perfila una descripción estratégica y jerárquica de la milicia que coincide en esencia con la que realizaban los tratadistas de la época, otorgándole así a su obra, más allá del aspecto panegírico del mismo, un componente claramente didáctico.

**Abstract:** Juan Rufo's *La Austriada* offers a paradigmatic sample of the Chronistic epic genre that revived in Spain in the 16th century due to the regularization of the army and the appearance of a group of veteran soldiers who desire to serve the new army with their military knowledge. The values which conform this whole new army are going to be reflected all along the poem in which, through the narration of the rebellion of the Alpujarras and the battle of Lepanto, Rufo makes a strategic and hierarchical description of the army that mainly fits with the representation made by the military writers of the time. That confers to the book, beyond its panegyric component, a noticeable didactical aspect.

**Palabras clave:** Milicia, Alpujarras, Rufo, épica cronística, batalla, estrategia, Renacimiento.

**Key words:** Militia, Alpujarras, Rufo, Chronistic Epics, Battle, Strategy, Renaissance.

**Fecha de recepción:** 11/12/2018.

**Date of Receipt:** 11/12/2018.

**Fecha de aceptación:** 20/12/2018.

**Date of Approval:** 20/12/2018.

1 El presente trabajo se enmarca dentro del Proyecto de I+D+i del Programa Estatal de Investigación (MCIU/FEDER) FFI2015-64050-P: *Magia, Épica e Historiografía Hispánicas: Relaciones literarias y nomológicas* y constituye un anticipo de mi tesis doctoral, financiada por un contrato predoctoral del citado programa.

Es la poesía épica un género relegado con cierta frecuencia por los estudiosos de la literatura hispánica áurea<sup>2</sup>, bien por su extensión, bien por el tema del que trata... y, sin embargo, nada parece más contradictorio que condenar a barbecho algo pensado para la trascendencia. Los poemas épicos y, más aún, aquellos que se pueden considerar épico-cronísticos por narrar de manera verosímil sucesos que han tenido lugar en un momento de la historia relativamente reciente respecto de la concepción de la obra literaria, son un género diseñado para la eternidad, pues responden a uno de los mayores miedos del hombre: el olvido. Durante el Renacimiento, coincidiendo con una evolución sustancial en el mundo militar y la masiva muerte en batalla (frente a las guerras medievales, cuyos caídos eran muchísimos menos), los soldados, y más todavía, los nobles, sienten la necesidad de que sus acciones queden registradas para los anales. Y no solo por una cuestión personal, sino porque en España, a diferencia de otros países, la guerra era juzgada por aquel entonces como una misión

- 
- 2 Bien es verdad que esta situación está cambiando en los últimos tiempos, con trabajos como los de José Lara Garrido, *Los mejores plectros: teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999; Daniel Benjamín Cotta Lobato, “La épica culta española del Siglo de Oro desde Ariosto y Tasso”, *Analecta Malacitana*, XXIII, 2 (2000), pp. 781-794; Lara Vilà, *Épica e imperio: Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI*, tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2001; Elizabeth B. Davis, “Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro”, en *En torno al canon: Configuraciones y estrategias*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 317-33; María José Vega y Lara Vilà (eds.), *La teoría de la épica en el siglo XVI (España, Francia, Italia y Portugal)*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2010; Miguel Martínez, “Género, imprenta y espacio social: una ‘poética de la pólvora’ para la épica quinientista”, *Hispanic Review*, LXXIX, 2 (2011), pp. 163-184; Lara Vilà (ed.), *Estudios sobre la tradición épica occidental (Edad Media y Renacimiento)*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona / Madrid, Universidad Carlos III, 2011; Mercedes Blanco, “La épica áurea como poesía”, en *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: centros y periferias*, coords. Rodrigo Cacho Casal y Anne Holloway, Londres, Tamesis, 2013, pp. 13-30, y “La batalla de Lepanto y la cuestión del poema heroico”, *Caliope*, XIX, 2 (2014), pp. 23-53; Paolo Pintacuda (ed.), *Le vie dell'epica ispanica*, Lecce, Pensa Multimedia, 2014; y Raul Marrero-Fente, *Poesía épica colonial del siglo XVI: Historia, teoría y práctica*, Madrid, Iberoamericana / Fráncfort del Meno, Vervuert, 2017.

divina en la que se luchaba por la causa suprema: Dios y la propagación de la fe católica. Raffaele Puddu recoge perfectamente el ideario por el que nuestros compatriotas del Quinientos empuñaban las armas: “Estos se batieron en nombre de los valores tradicionales; la gloria del Rey, el triunfo de la fe, la honra y la hacienda, entendidas esencialmente como enaltecimiento de la dignidad y de la condición de todo guerrero en el seno de un mundo de signos”<sup>3</sup>.

Por eso, la épica, más allá de su labor didáctica y laudatoria de las hazañas de unos hombres cuyas acciones se consideran del todo ejemplares, resucitaría en el siglo XVI con notable profusión. De entre todos los poemas compuestos<sup>4</sup>, me ocuparé, a continuación, de uno de los que en el escrutinio de la “librería” de don Quijote se salvó de la quema: *La Austríada*, por ser uno de “los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España”<sup>5</sup>. El propio Juan Rufo alude en una de sus octavas a este valor trascendente de los hechos:

Es caso de memoria eterna digno,  
que en este siglo férreo y estragado,  
do el herético error y desatino  
el mundo en tantas partes trae burlado,  
se viesse al bivo imagen del divino  
colegio santo del apostolado,  
cuando con sangre justa cultivava  
la celestial semilla que sembraba<sup>6</sup>.

---

3 Raffaele Puddu, *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 10.

4 Para cuya relación sigue siendo básico el libro de Frank Pierce, *La épica en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1968<sup>2</sup>, quien recoge (a partir de Cayetano Rosell y otras fuentes) un catálogo de los poemas épicos cultos publicados en España entre 1550 y 1700 que supera la tres centenas y de los que algunos tuvieron una gran difusión en el momento de su impresión.

5 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. coord. por Francisco Rico, Madrid, Madrid, Real Academia de la Lengua Española; Barcelona, Espasa / Círculo de Lectores, 2015, I, 6 (I, p. 94).

6 Juan Rufo, *La Austríada*, ed. Ester Cicchetti, Como / Pavía, Ibis, 2011, IV, 169-176.

Con el declive de la caballería real de la Edad Media, y en paralelo al auge renacentista de la “caballería de papel”<sup>7</sup>, en la Península renació un género postergado desde la Edad Media, que ahora adoptará, entre otros subgéneros, el de la épica caballescica en la línea orlandiana de Boiardo y Ariosto; y de su mano, la épica cronística de sucesos recientes, relacionada con la historiografía del pasado inmediato, como la indiana, y con la del presente, como las relaciones y los memoriales. De hecho, esta nueva épica será cultivada en bastantes ocasiones por autores soldados (verbigracia las autobiografías soldadescas, pero en estilo sublime), lo que les permite trazar una descripción realista y verosímil de la guerra.

## 1. LA TRATADÍSTICA MILITAR DEL QUINIENTOS Y EL CARÁCTER DOCTRINAL DE LA ÉPICA

A la par que se constituía en España un ejército institucionalizado y centralizado en la figura del rey, se hacía necesaria una nueva formación que especificara la jerarquía de la cadena de mando, así como las funciones de cada uno de sus componentes, los valores que definían a las tropas españolas y las características que debían poseer los soldados. El largo período de guerras en las que participó el Imperio a lo largo del siglo XVI dotó a la nación de un nuevo grupo de individuos compuesto por veteranos, letrados y oficiales que, finalizado su período activo, dejaban de recibir remuneración alguna al no poder servir al monarca en el campo de batalla. Este grupo de “soldados-escritores”<sup>8</sup> va a llenar la literatura española, desde mediados de 1500 hasta 1700, de tratados militares, bien de manera alegórica, bien dialógica, bien reglamentaria. En ellos se va a exponer exhaustiva y concretamente cómo debe estar formado el ejército español y la conducta de cada uno de sus integrantes. Recientemente, historiadores

---

7 Véase Francisco Rico, *Texto y contextos*, Barcelona, Crítica, 1990.

8 Ricardo González Castriello, *El arte militar en la España del siglo XVII: estudio histórico-bibliográfico*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002, p. 22.

como Quatrefages<sup>9</sup>, Espino López,<sup>10</sup> González Castrillo<sup>11</sup> o Merino Peral<sup>12</sup> han estudiado ese corpus en España, permitiéndonos observar cómo se produce una especialización también en los escritos, conforme avanza la tecnificación castrense.

Entre los tratados más significativos del Renacimiento hay que hacer especial mención de los que, de manera general, otorgaban al lector una visión global de la milicia, desde sus orígenes y fundamentos hasta los diferentes cuerpos que la informan: *Diálogos del Arte Militar* (1535), de Bernardino de Escalante; *Instrucción y Regimiento de Guerra* (1537), de Diego Montes; *Diálogos de la vida del soldado* (1552), de Diego Núñez de Alba; *Diálogo del soldado* (1555), de Francisco de Mexía; *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566), de Jiménez de Urrea; *Nuevo tratado y compendio de Re Militari* (1569), de Luis Gutiérrez de la Vega; *Caballería cristiana* (1570), de Jaime de Alcalá; *Diálogos militares* (1583), de García de Palacio; *Espejo y disciplina militar* (1589), de Francisco de Valdés, y *Discurso y regla militar* (1595), de Martín de Eguiluz. Junto a estos tratados descriptivos, sobresalen, por la novedad de su enfoque, el *Cuerpo enfermo de la milicia* (1594), compuesto por Marcos de Isaba y concluido por Miguel Guerrero de Caseda. Su objetivo, como expresa Isaba en el prólogo al lector, no es otro sino denunciar los vicios de la soldadesca patria para corregirlos: “ver enmienda en esta milicia, y decir lo que de ella entiendo, pues tantos años me he criado en ella, y como fuera de provecho, un golpe de esta infantería, para aumentar el servicio de nuestro Rey, reformándola de lo que no fuere bueno y allegándola a lo mejor y con suficientes razones diré en no ser gasto de la hacienda sino de sustentarla”<sup>13</sup>.

Además de los tratados generalistas, se componen también obras de carácter más puramente doctrinal, centradas en un determinado grado

---

9 René Quatrefages, *La Revolución militar moderna: El crisol español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

10 Antonio Espino López, “La tratadística militar hispana en la época de Carlos V (1500-1600)”, *Revista de Historia Militar*, 88, (2000), pp.75-108.

11 Ricardo González Castrillo, *op. cit.*

12 Esther Merino Peral, *El arte militar en la época moderna: los tratados “de re militari” en el Renacimiento, 1536- 1671: Aspectos de un arte español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

13 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

militar, con las miras puestas en detallar su correcto desempeño, como el *Arte Militar en que se declara el oficio de Sargento Mayor* (1582), de Juan de Funes; *El perfecto capitán* (1590), de Diego de Álava y Viamont, o la *Theórica y práctica de guerra* (1596), de Bernardino de Mendoza.

Todos estos libros, que a lo largo del XVI verán la luz en imprentas españolas, holandesas e italianas, dan fe del conjunto de valores de la incipiente milicia que se estaba gestando en las tropas españolas mediante el progresivo abandono del dominio de la caballería, tanto por los elevados costes que suponía como por las dificultades del terreno y las nuevas estrategias para la batalla. Estos atributos que van a configurar el ejército moderno, y que se remontan a las que había detallado Vegecio en el siglo IV<sup>14</sup>, asoman también en los textos de este nuevo paradigma del escritor-soldado que, durante un tiempo, ha pertenecido a ese grupo de defensores. Sin embargo, dicho cambio no se va a dar únicamente en la figura del autor, sino que va a afectar también al lector, y en concreto, al soldado bisoño que se incorpora a filas, generalmente con rango de oficial y que, sin experiencia previa, debe saber cómo actuar. El carácter doctrinal y el deseo de inmortalizar las hazañas de nuestros héroes son los dos rasgos comunes a los tratados militares y a los poemas épicos cronísticos que vieron la luz durante la Edad de Oro. En ambos géneros, pues, concurre simultáneamente una alabanza del ejército español por encima de cualquier otro, dada su misión sagrada<sup>15</sup>, y un espíritu didáctico y de tributo hacia todos esos soldados anónimos que nutrieron nuestras tropas.

Es *La Austriada* uno de los poemas que mejor ilustran esa realidad doble que permea la literatura de tema bélico escrita a partir de 1500. Juan Rufo, principalmente en los cantos dedicados a la guerra de las Alpujarras (I-XVIII), establece todo un retrato del ejército español del Renacimiento: desde los valores que debía poseer la milicia a los aspectos más propiamente jerárquicos, e incluso de promoción interna; sin orillar las características físicas y espirituales de soldados y capitanes, ni los detalles estratégicos y técnicos propios de las batallas, consecuencia de su labor como soldado

---

14 Flavio Renato Vegecio, *Instituciones Militares*, trad. Jaime de Viana, Madrid, Ministerio de Defensa, 1988.

15 En última instancia, en el caso de la épica, se va a alabar al rey, máximo responsable de esta idea de imperio sacro; véase Lara Vilà, *Épica e Imperio*.

en Lepanto<sup>16</sup> y, después, como cronista y acompañante de don Juan de Austria<sup>17</sup>. Del mismo modo, y para dotar a su relato tanto de verosimilitud como de una dimensión moralizante, Rufo, al igual que hiciera Isaba en su *Cuerpo enfermo de la milicia*, no omite en su narración episodios de deshonor cometidos por los soldados del Imperio, sus vicios y defectos, ni tampoco sus consecuencias en el transcurso de las hostilidades.

Ya desde el canto I, *La Austríada* comienza con una alabanza que resume todo lo que se va a narrar a continuación y constituye un guiño a la misión divina de las tropas españolas (por su pertenencia a la Santa Liga) y al combate contra el “hereje” otomano. Aflora aquí la primera y fundamental imagen del ejército como cuerpo sacralizado, no en el sentido que el término otorgaba a las órdenes militares medievales que emprendieron la guerra santa, sino como un grupo organizado que obedece a la voluntad divina: luchar contra el infiel o el hereje. De ahí la connotación de “guerra justa” que toda contienda librada por los españoles debería poseer para justificarse a los ojos de Dios. El poema recoge en este mismo canto dos buenos ejemplos de ello, al referirse a la guerra de Flandes como “guerra injusta”, en tanto que su causa —aunque todavía no estuviera demasiado clara— provenía de motivos religiosos; luego no extraña que Rufo tilde de “sospechosos” a los flamencos sublevados, en tanto que amigos de novedades doctrinales (en plausible referencia a la herejía luterana):

Flandes que ya fue amigo sospechoso,  
ahora es enemigo declarado,  
que el novelero vulgo sedicioso  
en guerra injusta campo trae formado;  
la rebeldía, el uso belicoso,  
y del septentrión el clima el helado  
apocan y consumen finalmente  
los tesoros del rey, armas y gente<sup>18</sup>.

De igual modo, considera la guerra de Granada como “justa”, toda vez que su objetivo era claro y religioso: recuperar el reino nazarí de manos de

---

16 Ester Cicchetti, *ed. cit.*, p. 9.

17 Rafael Ramírez de Arellano, *Juan Rufo. Jurado de Córdoba*, Madrid, Hijos de Reus, 1912.

18 Juan Rufo, *La Austríada*, I, 129-136.

los moros para devolverlo a la cristiandad:

Y por tan justa ser la de Granada,  
movió sus justas armas invencibles  
contra al fuerça arábiga obstinada  
de enemigos osados y terribles<sup>19</sup>.

Tampoco se antoja casual que el canto II comience haciendo referencia a la primera rebeldía del hombre, como germen de todo mal:

Después que la primera inobediencia  
truxo el hombre a tan áspero destierro,  
cual plugo a la eternal justa sentencia  
en pena digna de su grave yerro,  
nació la muerte esquiva y la dolencia,  
a invidia, la codicia, el odio el hierro,  
contrastes de esta que llamamos vida,  
siendo guerra ordinaria y muy reñida<sup>20</sup>.

Entre los tratadistas del siglo XVI que hablan de la obediencia y la disciplina en las tropas destacan Isaba y Valdés, porque, si bien —como tantos otros— advierten de la importancia suprema de contar en las tropas con soldados obedientes, al mismo tiempo critican cómo ese atributo, siempre vigente en nuestra milicia, había desaparecido por aquellas fechas. A este propósito, Isaba escribe:

Y también se ha de entender que la obediencia y respeto que tenían y guardaban, observando bien los preceptos militares y órdenes de sus capitanes, era el toque de haber tantas victorias, y los capitanes muy puestos; en que se observasen espléndidos y largos, eran amados y estimados de la gente de guerra. Lo cual en el ser ahora va tan al revés y es tanta la avaricia, en la mayor parte de los príncipes que la gobiernan, y tanto descuido en los Capitanes que no hay puerta abierta sino para el lisonjero y adulador. Y así están los preceptos de ella tan caídos, que hay gran necesidad del remedio, y favorecer

---

19 Juan Rufo, *La Austriada*, I, 265- 268

20 Juan Rufo, *La Austriada*, II, I-8.



y ayudar a esta nación, pues el nombre de España es tan odioso y temeroso de los enemigos de la santa fe católica<sup>21</sup>.

Asimismo, Valdés señalará cómo la inobediencia de los españoles sobresale por encima de la de otros ejércitos: “He de entender la manera cómo se puede excluir la confusión que tan de ordinario suele haber en el formar de los escuadrones, y más entre nuestra nación, que no creo que en las demás haya tanta inobediencia en este caso, ni hagan tanto caudal de competir sobre la primera hilera”<sup>22</sup>. Como consecuencia de esta doble acepción de la desobediencia, frente a Dios y a los superiores, Rufo calificará a la tropa otomana como: “la secta inobediente y obstinada / inormes culpas contra Dios hacía”<sup>23</sup>. El jurado de Córdoba llama así la atención sobre el desorden y la confusión que a lo largo de todo el poema reinará en el bando turco, recalcando, al igual que numerosos tratadistas, cómo, de todas las virtudes y cualidades que debían adornar a un ejército, la obediencia es, junto con la disciplina que de ella se deriva, la que debe significar a todo buen soldado. Nótese cómo Rufo aludirá a la acusada obediencia que los soldados españoles muestran hacia sus capitanes, lo que contrasta notablemente con la opinión de Isaba y de Valdés:

Ropa a la mar, se dijo apenas, cuando  
se vio un ejemplo vivo de obediencia,  
que unos cayendo, y otros levantando,  
sin hacer de personas diferencia,  
ejecutaron el forzoso bando,  
y el miedo espoleó a la diligencia<sup>24</sup>.

El mismo Vegecio, ya en el siglo IV, abría su obra con un primer capítulo dedicado a la disciplina: “Los romanos, únicamente con la disciplina de sus tropas, vencieron a todas las naciones: no es la multitud de las tropas, ni, por decirlo así, un valor ciego y sin principios, los que alcanzan las victorias;

---

21 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [prólogo], p. 49.

22 Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1989, p. 87.

23 Juan Rufo, *La Austriada*, III, 47-48.

24 Juan Rufo, *La Austriada*, III, 273-278.

son éstas sólo el premio del arte y de la disciplina”<sup>25</sup>. El propio Rufo parece hacerse eco de esta antigua afirmación, según la cual es la obediencia, y no la cantidad de soldados, el factor clave para ganar la batalla:

Piensan algunos, poco sabiamente,  
que está en la multitud de los soldados  
de las armas el uso preminente,  
y los hechos en ella señalados,  
midiendo por el número de gente  
el valor de los campos afrontados.  
¡Temerario juzgar, falsa medida,  
de la experiencia misma convencida!”<sup>26</sup>

Mención aparte merece el episodio de saqueo de Válor por los españoles, en el que Rufo subraya las consecuencias que la desobediencia fruto de la avaricia tiene en el devenir de la historia. No en vano, Álvaro Flores, incapaz de controlar a su tropa, entregada al pillaje, permite que Aben Humeya y los moros que han sobrevivido a la escaramuza huyan de la ciudad<sup>27</sup>:

Tantas causas en fin acumularon  
para satisfacer a su codicia,  
que libremente el arma començaron  
contra la protección de la justicia;  
a Flores los moriscos se quexaron  
de aquel agravio y sobra de malicia,  
al cual no le quedó por diligencia  
el hazer, mientras pudo, resistencia.

Mas, visto que el furor y desvarío  
llegava a más andar en rompimiento,  
y que cualquier remedio era tardío  
en tan acelerado perdimiento, [...]   
y déxasse llevar a cada parte;

---

25 Vegecio, *Instituciones militares*, I, 1, p. 36.

26 Juan Rufo, *La Austríada*, X, 1-8.

27 Para más detalles sobre este episodio, véase el artículo de Alberto Montaner en este mismo número de *Creneida*.

[...] y puesto que el deseo allí le obliga  
a socorrer las cosas que más ama,  
como no es ya en su mano, estase quedo  
entre dolor, afán, congoxa y miedo.

El clamor alto de los que morían  
y el crudo orgullo de los que mataban  
con ímpetu y rigor crecer se oían,  
y unas injurias otras aumentavan;  
huyendo salen ya los que podían,  
que de hazienda o hijos no curavan,  
mas luego que las armas se acabaron  
los hurtos a gran furia començaron<sup>28</sup>.

La falta de autoridad del capitán, junto a la codicia y la indisciplina de los soldados, desembocará en uno de los pasajes del poema más sangrientos para las tropas españolas, con el desenlace trágico de la muerte del oficial Álvaro Flores a raíz de una emboscada orquestada poco después por los moros huidos:

El sitio del lugar es tan extraño,  
el cansancio y el desorden son de suerte  
que les muestran escrito el desengaño  
en la espantosa imagen de la muerte;  
el número contrario era tamaño,  
seis vezes como el suyo y diez más fuerte,  
assí que les tocava a buena cuenta  
lidiar a cada uno con sesenta<sup>29</sup>.

El mismo autor, como cronista de los hechos, prefiere no referirlos con mucho detalle:

Plugiera a Dios que lícito me fuera  
en silencio pasar esta batalla,  
aunque si nombre tal le compitiera,

---

28 Juan Rufo, *La Austríada*, VI, 81- 121.

29 Juan Rufo, *La Austríada*, VI, 169-176.

¿qué disculpa mejor para contalla?  
No fue batalla, no, ni sé, aunque quiera,  
proprio término usar para nombralla;  
mas sé que fue el efeto del sucesso  
conforme con la causa del exceso<sup>30</sup>.

Debió de ser tal la sedición de los soldados que el propio Isaba alude, de pasada, a los episodios sufridos en las Alpujarras como ejemplo vivo de lo que nunca debiera suceder en un ejército, aunque en esta ocasión hacía referencia a la rebeldía interna dentro de las propias filas:

Habíamos de estar [...] diestros y vigilantes con las armas en la mano, para oprimir y castigar tantos enemigos como España tiene y no que por descuido nos pongan en confusión y detrimento, como acaeció el año de 1569 y 1570 con los moros alzados en el reino de Granada y Alpujarras; la sangre que costó aquella guerra y el gasto grande que se hizo, no quiero tratar de ello<sup>31</sup>.

Esta cualidad de la obediencia como elemento de cohesión de todo el ejército, ligada íntimamente al mandato divino de combatir a los herejes contra el catolicismo, otorga a la guerra librada por las tropas españolas un carácter providencialista que se aprecia a las claras en el momento en que los moros quieren atacar Granada la víspera de Navidad y, de pronto, empieza a nevar:

Bien cerca de los muros de Granada  
llegava el escuadrón osado y fiero,  
para dalle a sentir con su llegada  
un confuso dolor y lastimero;  
mas quiso el cielo justo en la jornada  
obstáculo poner firme y entero,  
con que se refrenasse aquel malino  
furor que iba ya al fin de su camino [...]

Veis aquí que comiença tramontana  
fuertemente a soplar del norte frío;

---

30 Juan Rufo, *La Austríada*, VI, 177- 184.

31 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [V], p. 66.

ofúscanse los rayos de Dïana  
con globos llenos de húmido rocío;  
comiença el agua condensada y cana  
a bolver do partió con veloz brío,  
y sin mudar esencia en tiempo breve,  
cambiando forma baxa hecha nieve<sup>32</sup>.

De ahí que, ya en el canto I, cuando Aben Abdalla le entrega las llaves de Granada a don Fernando, Rufo haga confesar al moro la razón del triunfo del Rey Católico:

No vencen los exércitos —decía—  
en el número y fuerça de su vando,  
sino en virtud de Dios a quien la gloria  
se debe atribuir de la victoria<sup>33</sup>.

En otras ocasiones, el poeta cita otros casos concretos en los que el devenir favorable de la batalla es atribuido a la divina providencia:

El Padre celestial desta manera  
se hubo con su España tan querida,  
y por desarraigar la secta fiera  
que estaba en la Alpujarra endurecida,  
permitió que la guerra procediera  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
a los suyos dejando amenazados,  
y a los rebeldes impíos castigados<sup>34</sup>.

O bien cuando repara en el momento en que don Íñigo salva la vida, protegido por el peto que porta durante la ofensiva:

Cortando el aire con veloz silbido  
llegó una bala, y el peto fuerte  
hizo golpe y formó claro sonido  
en lugar que lo diera presta muerte,

---

32 Juan Rufo, *La Austriada*, II, 334-342; 351-359.

33 Juan Rufo, *La Austriada*, II, 365-368.

34 Juan Rufo, *La Austriada*, III, 337-344.

si no fuera del temple resistido,  
o por mejor decir, de buena suerte,  
que para el buen don Íñigo guardaba  
Dios, que destes peligros le salvaba<sup>35</sup>.

Esta visión de la guerra como servicio divino se trasluce también en la trascendencia que se le otorga a la muerte en el campo de batalla, alcanzando incluso la noción de martirio:

Mártires hubo allí que, sin recelo  
o pena de morir, a Dios llamando  
vieron sus pies y manos por el suelo  
con la caliente sangre palpitando,  
y sus lenguas después bolver de hielo;  
y así los troncos juntos levantando,  
con humilde paciencia agradecían  
los ásperos martirios que sentían<sup>36</sup>.

## 2. LOS SOLDADOS DEL QUINIENTOS

La masificación del ejército que se produjo en el Quinientos para afrontar con garantías todas las guerras en las que el imperio español se vio involucrado hizo necesaria (por la falta de monturas y vasallos a su cargo, efectivos que los “caballeros” aún mantenían) la formación de una tropa de a pie de bajo coste que pudiera desplazarse y pelear contra el enemigo en cualquier terreno y condición; de ahí el nacimiento de la nueva infantería. Integrada por personas de toda clase social, la selección de los soldados se regía por los parámetros romanos del siglo VI. Ya Vegetio afirmaba que los más adecuados para ir a la guerra eran “los reclutas en los climas más templados, cuyos moradores tienen bastante sangre para no temer ni las heridas ni la muerte, y tienen la prudencia que se necesita para el buen orden de los campamentos, la resolución en las batallas y el acierto en los consejos”<sup>37</sup>. Asimismo, indicaba que el período más adecuado coincidía

---

35 Juan Rufo, *La Austríada*, III, 785-792.

36 Juan Rufo, *La Austríada*, IV, 65-73.

37 Vegetio, *Instituciones militares*, [I, II], p. 36.

con la pubertad. Isaba, por su parte, puntualizaría las edades apropiadas para cada uno de los grados:

El soldado viniendo a la guerra no se puede admitir en ella de menos edad que veinte años: los primeros cinco aprenda a tratar sus armas, hacer sus guardias, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos [...] es menester tenga esta edad, así para la autoridad de su persona, como para que conozca lo que se le encomienda, considere las cosas y entienda lo que en este oficio le toca<sup>38</sup>.

Más adelante añadirá que la ideal para ser ascendido a sargento es la de veintiséis años; a alférez, la de veintiocho, y a capitán desde los treinta y dos hasta los cincuenta y dos<sup>39</sup>. Si bien —en lo que respecta a las tropas españolas— Rufo no hace ningún tipo de alusión a estos datos, sí nos informa de las razas estimadas como las más aptas para la guerra a través de la arenga que Aben Humeya endereza a sus escuadrones:

Aquí militan fuertes africanos,  
que saben qué es lidiar desde la cuna;  
aquí los levantiscos otomanos  
asisten con su próspera fortuna;  
armados vienen ricos y loçanos  
y traen consigo la creciente luna;  
goviérnalos un juicio peregrino  
que es Dalí de cualquiera cargo digno<sup>40</sup>.

En paralelo, sabemos que, frente a los otomanos, nuestros soldados debían permanecer solteros para no flaquear en combate fruto de la nostalgia hacia sus mujeres e hijos: “Entre esta nación no tenga en las banderas plaza ni sueldo ningún español casado, éstos pueden servir en castillos y tierras que no sean de tanta necesidad sus personas, como andar ordinario con las armas en la mano, fuera de esto, éstos en la compañías sirven diferentemente<sup>41</sup>”.

---

38 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [XIII], p. 149.

39 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [XIII], p. 149.

40 Juan Rufo, *La Austríada*, IX, 241- 249.

41 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [XI], p. 129.

Más allá de los rasgos físicos y sociales, todo soldado debía significarse por una serie de cualidades espirituales. Además de ser virtuosos, se esperaba de ellos que poseyeran una fe católica arraigada y que lucharan con convicción por la causa justa emprendida por la Monarquía Hispánica. Jaime de Alcalá es uno de los tratadistas que mejor recogen las bondades de nuestras tropas, porque si bien su libro intitulado *Caballería cristiana* va dirigido a los caballeros (en su sentido de rango social)<sup>42</sup>, no hace distinción como tal entre “soldados de a pie” y “de a caballo”, conceptos ambos que se usarían hasta bien entrado el Quinientos, de manera intermitente, para hacer referencia a los que componen el ejército.

Es esta doble batalla, interior y exterior, contra el enemigo corporal y espiritual la que, a juicio de estos autores, dota a la milicia española de esa personalidad diferente frente a la del resto de las cohortes de Europa, la cual afecta a cualquier aspecto de la guerra, convirtiendo a las tropas hispánicas en un ejército cristiano. De ahí se deriva que el soldado, aunque pierda la batalla contra el enemigo corporal, puede haberla ganado, si alcanza a vencer sus pasiones y vicios, llevando una vida virtuosa que lo faculte para imponerse en la verdadera batalla: salvar el alma. Si la milicia católica tiene como fin la defensa de la fe, su ejercicio conllevará otras tantas virtudes espirituales, como señala Jiménez de Urrea:

Pues venceos a vos mismo y combatid fuertemente vuestras pasiones y flaquezas; mate vuestra razón la mala voluntad, que tenéis inclinada a las malas costumbres, vicios y vanidades, y obtendréis una gran victoria y podréis preciaros de haber vencido al mayor enemigo que teníais en esta vida, en el más legítimo de los combates, y delante del mejor juez de jueces. Y seréis el más experimentado capitán, y el que mejor entiende el arte militar y el modo de combatir y el que más magnánimamente combatió en campo aplazado y señalado por muchos sabios reyes y grandes personas, y el que venció al más fuerte adversario de los hombres, y no con pompa, soberbia, arrogancia y

---

42 Acerca del término caballero, véase Alberto Montaner, “Don Sancho de Azpetia, escudero vizcaíno (*Quijote*, I, VIII-IX)”, *Emblemata*, X (2004), pp. 215-332, quien destaca las siguientes acepciones del término “caballero” según el *Diccionario de Autoridades*: “2. Se llama también el que es de calidad conocida, que comúnmente se llama hidalgo. 4. Asimismo se dice el que es dependiente por sangre [= consanguíneo] de alguna casa y familia honrada y noble, y por tal reconocido y tratado”.



vanagloria, sino con humildad, magnanimidad y sufrimiento y con todo el cumplimiento y ordenanza de las leyes divinas y humanas<sup>43</sup>.

Sin embargo, la realidad era bien distinta. La urgencia por conseguir un número mayor de soldados implicó, por un lado, la creación de unidades profesionales que se enrolaron fundamentalmente a causa de la remuneración. Esto atraerá incluso a pequeños hidalgos (a menudo segundones sin fortuna), que se animaron a seguir la carrera de las armas por los honorarios, simple y llanamente, aunque también por el prestigio. Esta creación de un ejército regular de asalariados tiene, por un lado, ventajas frente a las unidades de voluntarios y a las de los soldados movilizados por deberes feudales, las cuales radican en la profesionalidad del soldado, independiente ahora del más que voluble compromiso personal. Sin embargo, también presentaba inconvenientes, como la rapacidad y codicia (sobre todo en el frecuente caso de estar mal pagados) y la falta de un sentido de lealtad personal a sus jefes u oficiales. Isaba es, entre los tratadistas de la época, el que mejor describe estos vicios que asolaron a la milicia “enferma”, ahora aborrecida y odiada<sup>44</sup>, pese a su postura algo nostálgica e idealizada de la guerra caballeresca. Rufó no ignora tales defectos y, por boca de Aben Humeya, hace una feroz crítica a los indisciplinados y acomodados soldados que ahora llenan las filas de la infantería española:

Contra aquellos vestidos de colores,  
llenos de recamados atavíos,  
que nos vienen buscando por su antojo,  
pobres de esfuerço, ricos de despojo.

Gente es que suele andar toda su vida  
las manos en los guantes o en el seno,  
usan pantuflos en la edad florida,  
siendo apacible el temple del terreno;  
desmáyanse si tarda la comida,  
huyen como peste del sereno,  
el aire los ofende cuando passa,  
y si éste no los hiela el sol los asa.

---

43 Jerónimo Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 49.

44 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [XXI], p. 217.

Agora el trabajar pisando hielo,  
beviendo de él, y a veces de mañana,  
y por cama la tierra y techo el cielo,  
amanecer la barba crespa y cana,  
¿cómo pensáis, deid que venga a pelo  
a gente delicada y holgazan,  
sin dessear la muerte aborrecida  
por no sufrir tal género de vida?<sup>45</sup>

Asimismo, el poeta también denuncia cómo la tropa española, llegado el momento de la batalla, y debiendo guardar silencio para sorprender al enemigo, desobedece la orden y hace ruido. Exclama Mondéjar:

“Aquellos insolentes del ruido  
serán según su culpa castigados,  
y vosotros, que havéis fieles sido,  
según vuestra bondad remunerados”<sup>46</sup>.

También critica la desbandada del escuadrón de soldados noveles:

Mas el marqués, que deshazerse mira  
el bisoño escuadrón cada momento [...]   
puso a su coraçon instintos de ira  
y espuelas al cavallo, con intento  
de poner freno a todos con vergüença,  
y castigar quien de ella no se vença”<sup>47</sup>.

La actitud de los soldados bisoños e inexpertos revela que solo se mueven por el interés:

Porque la guerra en casa y la milicia  
de gente nunca usada a tal doctrina  
havían hecho premio la avaricia,

---

45 Juan Rufo, *La Austríada*, III, 717- 736.

46 Juan Rufo, *La Austríada*, II, 776-779.

47 Juan Rufo, *La Austríada*, III, 81-89.

los hurtos y desorden disciplina:  
la inclemencia dezían ser justicia,  
astucia el retirarse más aína,  
la guerra imaginaban como trato  
juzgando por vencer comprar barato<sup>48</sup>.

Del mismo modo, por ser tan poco “pláticos” los jóvenes del escuadrón, se crea cierta confusión entre los soldados a la hora de proceder en la batalla:

La alteración, la priessa, el tiempo obscuro,  
y ser tan poco plática la gente,  
hizo ser aquel trance mal seguro,  
que fuera seguríssimo otramente;  
porque, llegados al recuento duro,  
los nuestros se mezclaron ciegamente,  
de suerte que el engaño en los amigos  
dañó como en los mismos enemigos<sup>49</sup>.

Esto llega a tal punto que los “soldados viejos” sienten vergüenza (lo que se observa también en los escritos de Isaba, Valdés y Urrea, ellos mismos veteranos):

Sabido por España el caso cierto  
nació en diversos hombres nuevo brío,  
ya el jubilado mílite y experto  
quiere bolver al viejo desafío:  
pule y limpia el arnés de orín cubierto  
por la fa paz, y adorna de atavío  
el certero arcabuz y alta zelada,  
renueva el tahelí, dora la espada<sup>50</sup>.

Otro de los vicios más notables de las tropas españolas es la errónea forma de pasar la palabra con las indicaciones precisas para la batalla:

---

48 *Ibidem*, VI, 769- 777.

49 *Ibidem*, III, 569- 576.

50 Juan Rufo, *La Austríada*, IX, 97- 105.

Los soldados, sin ningún respecto y discreción [...], cuando algunas veces por cosas de importancia se manda pasar la palabra, por los superiores, no se pasa con la presteza que conviene por menosprecio, y las demás veces se queda en medio del escuadrón sin que se pase a la vanguardia, persuadiéndose los soldados que no viene echada con orden del superior<sup>51</sup>.

Sin embargo, en otra ocasión Rufo señalara la prontitud y obediencia de los soldados en dicho cometido: “la palabra que importa iban pasando”<sup>52</sup>.

Si de los soldados se esperaban este cúmulo de cualidades, muchas más debían poseer los oficiales de las tropas. De manera general, para ellos se pueden extrapolar las que Isaba les reservaba a los capitanes, ya que coinciden en su mayoría con las que le correspondían a un maestre de campo o a un general:

Ha de ser muy buen cristiano [...], ha de ser práctico en la milicia y ha de entender bien los preceptos de ella [...], honesta y honrosa vida: honesto en sus conversaciones, que no dé mal ejemplo, la honra sea tratar bien su casa y persona [...], que tenga discurso y entendimiento [...] de edad de treinta años o más [...], celoso del servicio de su rey y ambicioso de honra [...], casto [...], que del juego de los dados no esté enamorado [...], que no sea avaro o mezquino<sup>53</sup>.

De ahí que, fruto del propósito laudatorio del poema, cada vez que Rufo menciona el nombre de algún oficial en *La Austríada*, a menudo venga acompañado de alguna virtud obligatoria para ser considerado socialmente como un buen oficial. Ejemplo de ello es la prudencia destacada en Íñigo Hurtado de Mendoza, al que apoda “Íñigo el prudente”<sup>54</sup>.

Don Íñigo Hurtado entonces era [...]  
no desigual al padre ni al abuelo  
en ánimo, en prudencia, en justo zelo<sup>55</sup>.

---

51 Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, p. 55.

52 Juan Rufo, *La Austríada*, V, 521.

53 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, pp. 131- 132.

54 Juan Rufo, *La Austríada*, II, 736.

55 *Ibidem*, I, 720-727.

El de Mendoça claro conocía  
el peligro a que estaba entonces puesto, [...] entendió que el consejo más prudente era dalles exemplo de valiente<sup>56</sup>.

También subraya la oratoria del marqués de Mondéjar:

Por esto el de Mondéjar les obliga, [...] y sus neutrales ánimos mitiga con artificio de orador perfecto<sup>57</sup>;

o la modestia que muestra siempre el valeroso Argote:

Allí el de Argote en la su ilustre cara,  
que está modestia en paz siempre mostrando,  
de intrépido valor da prueba clara  
heroicamente a muchos animando;  
diestro moro es aquel que se repara  
de los golpes que tira redoblando,  
y aun más de cuatro ruedan por el monte<sup>58</sup>.

Todo ello culminará en una enumeración de los heroicos soldados, asociados siempre a una virtud:

¿Quién dirá la virtud, fuerça y talento  
que en nuestros capitanes se mostraban,  
aumentando el valor de los soldados  
en su patria nacidos y criados?

Tú, don Diego de Argote, noble argivo  
que de Argos traes insigne descendencia;  
y tú don Pedro de Azevedo, altivo  
de coraçon y de gentil presencia;  
y tú, Cosme de Armenta, executivo

---

56 *Ibidem*, III, 761-768.

57 *Ibidem*, II, 769-777.

58 *Ibidem*, IV, 649- 656.

en armas adornadas de experiencia;  
y tú, buen don Francisco de Simancas,  
que moço imitas los de las sienas blancas,

arremetistes con denuedo extraño [...]  
sin pensar cuánto pueden los azeros  
de justa causa y tales cavalleros<sup>59</sup>.

Pero, sin duda, el que posee las cualidades por excelencia es aquel a quien Rufo quiere elogiar en su poema por capitanear la guerra de las Alpujarras y la batalla de Lepanto, don Juan de Austria:

De quien podría ya por experiencia  
las virtudes contar una por una,  
que el linaje, el valor y la prudencia  
pueden tener debaxo de la luna:  
süave gravedad, justa clemencia,  
segura discreción, gala oportuna,  
y un coraçon que en sí solo se encierra  
mayor que todo el orbe de la tierra<sup>60</sup>.

Este reconocimiento a los oficiales de los escuadrones y del ejército, mencionados junto a su cualidad más señera, responde a una doble finalidad laudatoria y didáctica, pues al mismo tiempo invita a otros soldados a seguir su ejemplo, consciente de que su vida no se perdió entre las balas que cruzan el campo de batalla.

### 3. LOS ELEMENTOS ESTRATÉGICOS Y TÁCTICOS EN *LA AUSTRÍADA*

El conjunto de factores que produjeron una evolución de la milicia, fundamentalmente la pólvora, empleada en la arcabucería y la artillería, provocaron un cambio en la forma de hacer la guerra, cifrada ahora en una reorganización de los cuerpos que componen el ejército. Con su regularización e institucionalización, las tropas quedarán divididas en marina

---

59 *Ibidem*, IV, 361- 367.

60 *Ibidem*, V, 335-343.

y terrestre, y a su vez, esta última, en caballería, infantería y artillería. Con esta nueva forma distributiva, el cuerpo de infantería, compuesto por miles de personas anónimas cuya labor en la batalla se irá volviendo progresivamente fundamental, el papel de la caballería es puesto en entredicho por guerreros y tratadistas. La identificación de cuál es el mejor cuerpo de los dos (la artillería quedará relegada a un segundo plano, por su escasa evolución y la integración de la arcabucería en la infantería)<sup>61</sup> es una cuestión que no dejó indiferente a ningún tratadista. Si bien todos los teóricos reconocen la labor de ambos cuerpos en el desempeño de la batalla, ninguno se atreve a pronunciarse sobre cuál es indispensable para el éxito. Ejemplo de ello es Diego Montes, quien habla de la infantería en estos términos:

El cuerpo del ejército la infantería y la fortaleza de ejército es la infantería; y por eso, el día de la batalla se haze cuerpo en el esquadron de infantería, donde fueren los soldados más pláticos en la guerra, porque en ellos está aquel día la fortaleza del ejército y ellos han de afrontar los primeros, después está la fortaleza del ejército y ellos han de afrontar los primeros, después que los cavalleros hovieren afrontado; y en ellos se espera la vitoria y, por aquella honra tan grande que se les da, son obligados a morir o vencer los tales soldados pláticos, por la vitoria que dellos se espera aquel día<sup>62</sup>.

También Isaba reconoce que, gracias a la existencia de hombres de a pie, “escaramuzas, asaltos, batallas, sitios, instrumentos de guerra, minas, máquinas, haciendo los ríos y brazos de agua caminos y prados [...], alcanzando victorias en partes y lugares: [...] Todo esto que ha sido de que ha venido ni a quién sea atribuido, sino al valor y constancia de esta valerosa e invencible infantería”<sup>63</sup>, se pueden lograr éxitos en el transcurso de la batalla que con el cuerpo de caballería hubiera sido difícil, si no imposible. Sin embargo, poco después, ambos reparan en la caballería. Diego Montes alude a la diferencia entre la “caballería pesada”, que formaba

---

61 Véase Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, p. 50, que afirma la presencia dominante de la arcabucería frente a la piquería en las tropas españolas.

62 Diego Montes, *Instrucción y regimiento de guerra*, ed. Hugo Vázquez Bravo, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, [VIII], p. 211.

63 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [V], p. 69.

delante de las líneas propias para bloquear el paso a la primera ofensiva del enemigo y que, generalmente, se componía de coraceros (o, como entonces se los llamaba, “caballos corazas”), y la “caballería ligera”, con una armadura de menor peso, encargada de la primera ofensiva para romper las líneas enemigas y poder luego retirarse y permitir la ofensiva a la infantería.

E su oficio es de mayor dignidad que el cavallo ligero, porque son llamados entre los príncipes gente de guerra, quando están en su campaña el cuerpo de la cavallería; y éstos, puestos en su esquadron el día de batalla, hazen cuerpo, porque está entre ellos la flor de la cavallería, y la fortaleza de una batalla está en ellos; y los cavallos ligeros tienen otra orden, que son más prestos para combatir, porque andan a la ligera y de contino andan a vista de enemigos; y éstos sirven mucho en la guerra porque señorean la campaña, lo que no hazen los hombres d'armas, que éstos no salen sino a cosa de hecho e, si salen, salen sobre cosa pensada<sup>64</sup>.

Asimismo, Isaba tampoco se atreve a quitarle mérito a la caballería, reconociendo que:

Sin ella es de ninguna fuerza y sustancia la guerra que se hiciere, pero en la edad nuestra es tan diferente pelear, tan ordinarias las ocasiones a la gente de a pie y tan importante que se conserve un escuadrón de ella, que cuando se haya de levantar o reforzar alguna caballería, se ha de procurar que no se deshaga la infantería<sup>65</sup>.

Como consecuencia de esta división de funciones de los cuerpos militares, se busca una nueva forma de organización, resucitando el escuadrón romano, formado a partir de la raíz cuadrada del número de efectivos disponibles y mediante una disposición táctica variable, dependiendo de la situación concreta:

Es el escuadrón es una congregación de soldados ordinariamente puesta por la cual se pretende dar a cada uno tal lugar que sin impe-

---

64 Diego Montes, *Instrucción y regimiento de guerra*, pp. 198-199.

65 Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [V], p. 69.



dimento de otro pueda pelear y unir la fuerza de todos juntos, de tal manera que se consiga el principal intento y fin, que es hacerlos invencibles; y para este fin los primeros capitanes y maestros de guerra inventaron tantos modos de órdenes y escuadrones, que sin duda debemos creer que el ejército que mejor ordenado y disciplinado estuviere, aunque menor en número, será siempre (según razón) señor de la victoria<sup>66</sup>.

Valdés recoge a renglón seguido los diferentes tipos de escuadrón:

Los escuadrones se forman de mucho número de soldados, mayores o menores según la grandeza del ejército [...], formando varios escuadrones de lo que al presente más se usan, como son cuadros de terreno, cuadros de gente, prolongados, de gran frente [...] si hay muchos otros [...] como son a manera de media luna, y en forma de cruz [...] otros hay en figura oval, cúnea triangular, y de otras muchas maneras que se usan al presente poco<sup>67</sup>.

A causa de estos escuadrones y del uso de la pólvora (“las armas que inventó la infernal arte, / relámpagos y truenos despidiendo, / lançavan juntamente en competencia / rayos sin piedad ni resistencia”<sup>68</sup>), la guerra dejó de interpretarse como un combate cuerpo a cuerpo identificado en un momento temporal y espacial, para adquirir las connotaciones modernas de anterioridad y posterioridad al conflicto, las cuales poseen la misma importancia que la duración de la batalla en sí. De ahí que aparezca por primera vez la necesidad de crear una estrategia que englobe todas las tácticas que se van a desplegar durante el combate de la manera más exitosa posible. Surgen entonces la preparación y el avituallamiento, herramientas básicas para la victoria; el asentamiento de los varios campamentos y su vigilancia mediante un sistema de guardias, así como las rutas por las que marchar antes y después de la batalla, con la necesidad de crear un cuerpo de vanguardia y otro de retaguardia que protejan a la tropa principal.

Muchos tratadistas dedican decenas de páginas a establecer cómo se deben hacer los turnos de guardias para evitar que sean sobornados por

---

66 Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, pp. 55- 56.

67 Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, p. 37.

68 Juan Rufo, *La Austriada*, III, 749-752.

el enemigo, o que este se introduzca entre parejas de soldados, separados por una cierta distancia, entre otras medidas de calado. Sin embargo, Rufo menciona el proceso con total normalidad:

Reclinava ya el sol sus hebras de oro  
tras las columnas del famoso Alcides,  
dando lugar al estrellado coro  
y fin preciso a semejantes lides,  
cuando emboscado el ambicioso moro  
traçava nuevas máquinas y ardides;  
nuestro campo aloxado reposava  
y la guardia a sus horas se mudava<sup>69</sup>.

El hecho de estar prevenido, esperando al enemigo, cobrará relevancia y, como bien señala Rufo, esta ventaja era conocida por ambos bandos:

La hora se passava que elegida  
para el asalto estaba y la matança,  
más los del Alpuxarra en su venida  
el Albaizín acusa de tardança;  
ya con helada mano endurecida,  
el miedo les oprime la esperança<sup>70</sup>.

Granada ya en quebranto estaba puesta,  
y el marqués, previniéndose a la guerra,  
esperava por horas la respuesta  
de hombres que fueron a correr la tierra,  
para saber la vía manifiesta  
por donde se bolvían a la sierra  
aquellos temerarios precursores  
de todos los escándalos y errores<sup>71</sup>.

Junto a la prevención, el terreno se convertirá en un factor para el desarrollo y desenlace de la batalla, y por eso se enviarán patrullas que lo reconozcan. En

---

69 Juan Rufo, *La Austríada*, III, 824-831.

70 *Ibidem*, II, 336-344.

71 *Ibidem*, III, 25-532.

la medida de lo posible, los oficiales buscarán el mejor sitio para disponerse, o bien, como se narra en el siguiente pasaje, ocultarse del enemigo a su paso:

Estaban los moriscos escondidos  
en la cueva escurísima profunda,  
mientras la prima passa, y advertidos  
de marchar comenzando la segunda<sup>72</sup>;

En otras ocasiones, buscarán un lugar remontado que dificulte la llegada del adversario:

Difícil era y larga la subida  
y la defensa rezia la estorvava,  
de suerte que la furia descreída  
a su salvo ofendía y contrastava;  
usando de la pólvora homicida  
y de la flechería que bolava,  
herían a los nuestros de mampuesto  
con estrago y orden manifiesto<sup>73</sup>.

Igualmente, al finalizar el combate será necesario hacer el recuento de bajas y pagar los estipendios a los soldados, así como tener bien guardado el camino de retirada para no sufrir emboscadas, como les sucede a los españoles en el episodio antedicho.

Todos estos elementos que se introducen en la forma moderna de hacer la guerra serán igual de cimeros que el momento en sí de la batalla, y los tratadistas, e incluso el propio Rufo, son conscientes de ello. Montes observará acerca del avituallamiento:

E muchas tierras y castillos fuertes se han rendido por falta de vituallas, más que por combate de los enemigos, y en esto se han de mirar mucho los generales, que las fuerças que ganaren, que las hagan proveer de vituallas, porque los enemigos no las tomen por hambre, porque mejor es, ya que sucede la fortuna que una fuerça se pierda por batalla que no por hambre<sup>74</sup>.

---

72 *Ibidem*, II, 585- 588.

73 *Ibidem*, IV, 377- 384.

74 Diego Montes, *Instrucción y regimiento de guerra*, p. 199.

También el poeta se detiene en el alcance de avituallarse adecuadamente:

Este la gente allí disciplinava  
en la milicia no sin gran destreza,  
y aquel presidio más fortificava  
que parecía posible a su flaqueza;  
en lo cual el tirano se fundava  
especialmente, que tenía certeza  
de que faltavan dentro provisiones,  
sobrando enfermedades y afliciones<sup>75</sup>.

El mismo Aladino no echa en saco roto sus limitaciones por la falta de reservas, pese a tener la ventaja de la posición (conforme a lo ya visto):

Mirada de este sitio la eminencia,  
para dañarles bien nos sobra gente,  
pero pensar hazerles resistencia  
muchos días razón no lo consiente;  
prevenga, pues, al caso la prudencia,  
y los que sobran del peligro urgente  
salgan con el despojo más precioso  
y resérvense a tiempo más dichoso<sup>76</sup>.

Al relegarse a segundo plano el combate cuerpo a cuerpo, las estrategias han de modificarse, y la diferenciación entre el cuerpo de infantería y el de caballería obligan a urdir los asaltos o las defensas en distintas fases. De ahí que en numerosos pasajes de *La Austríada* nos topemos con oficiales dando órdenes y concretándolas en función de que a quienes se dirijan:

Mientras que marcha con la infantería  
el de Mondéjar, va más adelante,  
por general de la cavallería<sup>77</sup>.

---

75 Juan Rufo, *La Austríada*, VII, 584-592.

76 *Ibidem*, IV, 504- 512.

77 *Ibidem*, III, 88-90.

ya la falda del monte rodeada  
estava del ejército esforçado,  
que para arremeter orden traía  
del general prudente que le guía<sup>78</sup>.

El ejemplo más categórico se cifra en la propuesta de Sancho Leiva antes de entrar en combate, cuando piensa en la posible estrategia de las fuerzas enemigas con vistas a prever la suya:

Mas en cuanto al ardid y fundamento,  
de que se debe usar por más seguro,  
aquello propondré que se me ofrece  
y póngase en efeto su os parece.

Aben Humeya en cuanto a lo primero  
piensa venir secreto y encubierto,  
de donde necessariamente infiero  
que al despuntar del alva será cierto;  
por más que con su ejército ligero  
quiera marchar apriessa y sin concierto,  
pues la disposición y la distancia  
del sitio lo requiere y la importancia.

Y pues que picas ni cavallos tiene,  
para oponerse a mi cavallería,  
claro está que en el pueblo le conviene  
darnos assalto con su infantería,  
por tanto, pues el tiempo nos previene,  
contravengamos a su fantasía,  
con el remedio que mejor responde  
conforme a aqueste cuándo, cómo y dónde.

halle libres y francas las entradas,  
y cerradas del todo las salidas;  
las calles que a las plaças van guiadas  
atájense con tapias bien fornidas;  
si no fueren las dos más frecuentadas,

---

78 *Ibidem*, VIII, 660-663.

más anchas, más derechas y seguidas,  
donde estarán a punto arcabuzeros  
por las ventanas, puertas y agujeros.

Y vos, don Diego, amado hijo mío,  
con la cavallería exercitada  
estaréis bien en orden, cual confío,  
alrededor aquí de mi posada;  
no haya portillo del lugar vazío,  
la guardia en cada uno esté doblada  
en este medio, y tanto se desvelen  
que aun del salir las aves se recelen.

Haya custodia grande y vigilancia  
con todos los esclavos prisioneros,  
visitándolos siempre con instancia,  
como en el mar se haze a los remeros;  
con estas prevenciones en substancia  
me parece, valientes cavalleros,  
que no solo los moros esperemos,  
pero que su venida desseemos<sup>79</sup>.

Sin embargo, Rufo también sorprende a su lector al narrar la persecución que emprende don Diego al ver la huida del turco y cómo, tras alcanzarlo, se enzarzan en un violento combate, propio de un libro de caballerías, que acaba con la muerte del otomano, lo que puede responder al gusto del público coetáneo, lector de tales historias, al tiempo que le otorga un gran protagonismo a un personaje hazañoso, toda vez que mató al cabecilla de los turcos, concediéndole así la reverencia debida<sup>80</sup>.

Como se ha afirmado en varias ocasiones, la artillería supuso una revolución en el sistema militar que Rufo también acentuará en su poema en numerosas ocasiones, destacando, por ejemplo, el miedo que infunde en el soldado el ignorar la proveniencia de la bala:

---

79 *Ibidem*, IX, 772- 815.

80 *Ibidem*, X, 313- 476.

Ya començava el plomo grave y frío,  
haze en los nuestros impresión terrible,  
mas su valor y brío extraordinario  
se extienden hasta todo lo posible<sup>81</sup>.

Igualmente menciona la función de la artillería pesada durante el combate:

“Tirad —les dize— todos juntamente  
¡Quitad del mundo monstruo tan horrible!”  
La cuadrilla obedece encontinente,  
disparando la máquina terrible:  
rompe el aire bolando el plomo ardiente,  
y pasa un pecho (¡oh pérdida increíble!)<sup>82</sup>.

#### 4. CONCLUSIÓN

El auge de la poesía épica cronística en España —además de a la tradición italiana—, estuvo íntimamente ligado a la evolución social y militar que se dio a lo largo del siglo XVI. La irrupción de un nutrido grupo de soldados veteranos, participantes en las recientes gestas del ejército español, favoreció el surgimiento de un género narrativo y panegírico que recogiera las hazañas de numerosos héroes, en ocasiones desapercibidos entre las hordas castrenses, que sirviera de ejemplo y de recuerdo para las generaciones futuras. Así, este género literario se va a constituir en España como un acervo didáctico-encomiástico cuyas enseñanzas abundan a lo largo de todo el argumento, a través de la narración de batallas recientes libradas por los españoles, con actitudes y apuntes muy próximos a los recogidos en la tratadística militar de la época, tal y como se han podido observar a lo largo de este artículo.

Juan Rufo, configurándose sin pretenderlo en una suerte de tratadista bélico en verso, se hace eco a lo largo de los veinticuatro cantos de *La Austríada* de los valores más conspicuos de esta nueva milicia, a resultas de la visión sacralizadora del Imperio; de la nueva configuración de los

---

81 *Ibidem*, VIII, 689-692.

82 *Ibidem*, X, 681- 686.

diferentes cuerpos del ejército (infantería, caballería, artillería), y de las peculiaridades que debían adornar a los buenos soldados y oficiales, amén de su capacidad estratégica y táctica para salir victoriosos.